

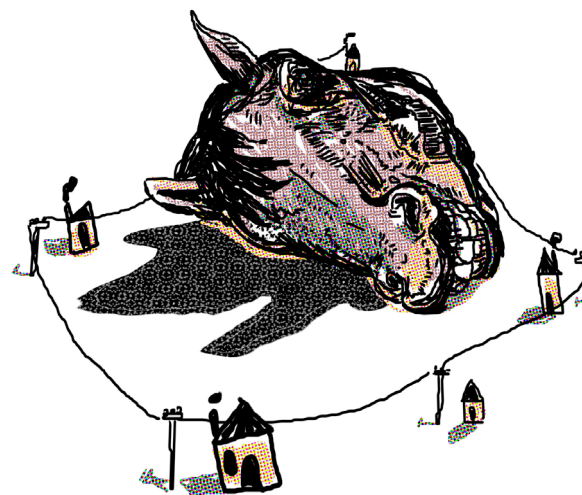
COLECCIÓN MANDRÁGORA



CABALLO MUERTO

y otros cuentos

RAÚL FLORES IRIARTE



Naveluz:
Benjamín Barajas, **director de la colección**

Édgar Mena
Edición y formación

© Raúl Flores Iriarte, 2014, por el texto.

© María Elena Ramírez Ortega, ilustraciones.

Primera edición, 2014

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

Naveluz

Secretaría General, Departamento de Comunicación, Programa de Proyectos Editoriales y Departamento de Impresiones del CCH Naucalpan. Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios, Naucalpan, México, CP. 53400

Impreso en México Printed in Mexico

CABALLO MUERTO *y otros cuentos*

RAÚL FLORES IRIARTE



CABALLO MUERTO

Fuime a vivir a un caballo muerto. Hallé que había bastante espacio allá dentro, nada de ruido, ningún otro tipo de molestias. Sin corazón bombeando rítmico, sin pulmones. Sin riñones funcionales, sin hígado. Nada. Todo tranquilo y muerto.

Entré por rígidas mandíbulas e instalé muebles. Mi mujer y yo recién nos habíamos separado. Ella había retenido nuestro apartamento en Alamar, y allá estaba con las cuatro criaturas. Pero yo, contento con mi caballo muerto. Cuando creía estar a punto de dormir en parques públicos, y almorzar y cenar en espantosas cafeterías estatales, he aquí que se me habían abierto las puertas del cielo.

Había espacio de sobra para todos mis discos y mis libros y ropas colgadas en percheros de metal dentro de mi ropero. La comida no faltaba. Podía ir devorando los órganos putrefactos del caballo muerto y, a medida que avanzaba el proceso de descomposición, iban penetrando en el cadáver gusanos, larvas, insectos y otros animalejos que me ayudaban a mantener una dieta balanceada.

Con el paso del tiempo, el cuerpo del caballo se fue hinchando cada vez más, con lo que aumentó el espacio inconmensurablemente. Al cabo de semana y media hubo tanto espacio libre que pude hacer una fiesta para mis compañeros de trabajo.

Aquello fue un éxito total. Mis compañeros se pasearon asombrados por las amplias cavidades interiores, comieron hígado putrefacto y trozos escogidos de las partes blandas de pulmones. Terminaron felicitándome por mi inmejorable adquisición.

Pude hasta ligar con mi secretaria. Hicimos el amor después que todos se hubieran marchado, allí mismo, en el caballo muerto.

Ella me había dicho, “Esto es maravilloso; una vez viví dentro del cadáver de un perro pero, por supuesto, no se compara con esto. Para nada se compara con esto”.

Comentó la amplitud de los techos, se alegró por la sobreabundancia de alimentos, por la disponibilidad

de las cosas y, sobre todo, “¡Tan céntrico! ¡En el mismo corazón de la ciudad!”

Me preguntó si podía quedarse a vivir conmigo; le dije que no. Me dio un poco de lástima, pero no deseaba echar a perder unas relaciones que, hasta el día de ayer, habían sido netamente laborales.

El cuerpo del caballo apestaba. Un día pasó el concejal por ahí cerca, y el mal olor le golpeó las narices con la fuerza de una explosión atómica. Vino hasta mí, caballo muerto, y dijo, “¡Tiren esta basura a la fosa común!”

Así que, después de un mes a la intemperie, llevaron el caballo a la fosa común. Esto me fue bastante conveniente, porque ya no quedaba mucho de carne y músculos originales. Solo piel y huesos. Estaba a punto de quedarme otra vez en la calle.

Aquella fosa común fue una verdadera bendición. Estaba llena de otros caballos muertos, en diferentes estados de descomposición. Mudé mi casa y dejé atrás finalmente la gastada osamenta de mi caballo original.

De nuevo había espacio de sobra y abundante alimento. Hice otra fiesta en el nuevo sitio y todos mis compañeros exclamaron “¡Pero si esto es un palacete!”. Se trajeron a sus esposas y sus niños y vinieron a vivir conmigo en la fosa común.

Yo no pude convencer a mi esposa para que viniera, pero a las cuatro criaturas sí que las traje y les di un

caballo propio para cada una. Había que ver a las tres hembras y al varoncito dando gritos y saltitos de felicidad, como si les hubiera puesto lo mejor de la vida en sus pequeñas manos.

La vida continuó su curso normal. Los niños iban por la mañana a la escuela, y los adultos al trabajo. Por las tardes, las criaturas jugaban a los escondidos o a los pistoleros, o a lo que les diera la gana jugar, y los adultos nos sentábamos en torno a una botella de ron, para hablar de política y jugar dominó, rodeados por viejas osamentas y enjambres de moscas multicolores; todo un laberinto de vida y muerte para ser admirado en silencio.

De vez en cuando se nos unían otras familias, otras personas y, si en algún momento nos habíamos preocupado por la eventual falta de espacio y escasez de alimentos, ya lo habíamos olvidado. Rellenaban la fosa un día sí y otro no con nuevos cadáveres. Suficiente espacio y suficiente comida.

Un día el concejal pasó cerca, y el mal olor de tantos cadáveres putrefactos le llenó la nariz de lágrimas. “¿Qué pasa?!” gritó furioso, “¡Incineren toda esta porquería!”

“Vive gente aquí”, le dijimos, pero él no quiso creernos. Lo invitamos a visitar nuestras moradas, y él se rehusó aduciendo motivos políticos. “Somos felices

en este sitio”, le dijimos. Él arrugó la nariz, murmuró algo sobre focos infecciosos, y se marchó.

Vinieron entonces los soldados con latas de gasolina y yo los observé mientras rociaban el líquido sobre los cadáveres descompuestos de los animales, sobre los huesos y las larvas de las moscas multicolores, sobre las pieles secas y los gusanos gordos como antebrazos, sobre mis compañeros de trabajo y personas afines que se resistían a dejar sus hogares.

Los vi arder cuando los soldados arrojaron fósforos sobre toda esa gasolina. Mis cuatro criaturas también estaban allí; igual se habían negado a abandonar su hogar. Las tres hembras y el varoncito agitando sus miembros inflamados, gritando porque les dolía, y sus cabellos se incendiaban, y sus ojos y sus pequeños vientres también.

Lanzaron después un par de granadas al hoyo humeante, y todos aquellos pedazos de carne chamuscada saltaron por los aires, como confeti de cumpleaños. Yo no ardí. No me gustaba la idea. Preferí quedarme sin casa.

Fui entonces para Alamar, hasta el apartamento de mi mujer.

Fuime entonces a una cafetería estatal para cenar, y después me fui con mis cosas a un parque público, para pasar la noche durmiendo en algún banco. Creía no tener otro remedio.

Pero, por el camino, me encontré con un perro muerto en la acera y me acordé que quizás allí podría estar mi secretaria. Así que me asomé y, en efecto, allí estaba ella. Le pregunté si podría pasar allí la noche, porque no me gustaba la idea de dormir en el parque y ella, por suerte, me dijo que sí, que podía quedarme. ¶



¿QUÉ VES EN EL FUTURO CUANDO MIRAS HACIA ATRÁS?

Estaba en México cuando se detuvo el mundo. Paseaba por Reforma y era esa hora de la tarde en que la lluvia era inminente. El cielo había dejado de ser color mar claro y había adquirido las mismas tonalidades grises y negras que debe tener el océano polar. Un color que presagiaba un anochecer temprano en medio de la tarde que recién había empezado. La Zona Rosa frente a mí ya no era tan rosa, sino más bien cenicienta. Una tenue llovizna (minúscula, microscópica) comenzó a caer. Supuse que tal vez así habría comenzado el diluvio universal. Una tenue llovizna. Minúscula, microscópica. Después ya se sabe. Cuarenta días de oscuridad, cuarenta noches de humedad. Entré en Reforma 222, donde había visto los precios más caros de todo el DF. Entré para res-

guardarme del diluvio universal que estaba a punto de caer sobre la ciudad. Miles de huracanes y ciclones tropicales concentrados a un solo día de espera al otro lado del Mar Caribe.

Pero, por alguna oscura razón, lloviznaba también dentro de la gigantesca tienda. No podría explicarlo, porque los techos seguían estando ahí, pero la persistente llovizna continuaba cayendo dentro del local.

Sobre las vidrieras de las tiendas y los artículos expuestos en esas mismas vidrieras (gotas pequeñas de agua como llanto de dioses menores sobre los cristales empañados). Sobre los maniqués cubiertos de ropas artificiales y sobre las ofertas de Telcel (seda y tecnología expuestos a la par a los elementos naturales). Sobre las mesas de las cafeterías, sobre los clientes que corrían a resguardarse a ninguna parte, porque no había ninguna parte donde resguardarse, sobre los alimentos y las fuentes de soda y los productos enlatados y los dulces finos. Sobre las ofertas en computadoras personales y las bocinas que dejaban escapar canciones entrecortadas y las cajas registradoras. Los dependientes corrían de un lado a otro, azorados, cubriendo lo que podían con cubiertas impermeables. Pero no había bastantes cubiertas impermeables y, lo que cubría uno, después venía otro a destapararlo para cubrir otra cosa.

No obstante, todos actuaban con un aire de triste resignación, como si esto fuera una situación que se daba

todos los días de lluvia. Nadie se persignaba, ni caía de rodillas para agradecer milagros divinos; solo corrían de un lado a otro como conejos azorados, tratando de salvar lo que podían, tratando de salvarse ellos mismos.

Por los altavoces del complejo se oía “Beautiful day” de U2, y recuerdo haber pensado en la ironía de una canción que predicaba sobre un hermoso día en medio de este pequeño sustituto de catástrofe personal. Recuerdo también haber pensado, mientras la fina llovizna (preludio de océanos insondables que aguardaban en el fondo de los cielos) me humedecía los pensamientos, Dios mío, ¿por qué no se detiene todo este asunto?

Y
entonces
todo
se
detuvo.

La carrera alocada de los dependientes.

Las volutas de humo que dejaban escapar cigarros humedecidos.

Los gestos ansiosos de la multitud que miraba hacia arriba, hacia los lados, buscando una salida sin hallarla.

La canción de U2.

La llovizna.

Cuando miré alrededor, era como estar en medio de una película a la cual se le hubiera puesto pausa. Un escenario teatral lleno de maniqués. Expresiones con-

geladas en los rostros. Arquitecturas efímeras. Posiciones imposibles que desafiaban todas las leyes conocidas de la gravedad. Carreras detenidas con un pie en el aire, y el otro tocando a medias el suelo. Inútiles performances contruidos para nadie en particular.

La llovizna también se había detenido a medio camino. Gotas diminutas de agua colgadas en el aire, como pendiendo de hilos invisibles. Cuando caminabas entre ellas se desmenuzaban con sonidos casi inaudibles, como si caminaras entre confetti de cumpleaños. La misma canción de U2 era visible, como una coda continua de guitarras tendiendo un puente de un lado a otro, por todas partes.

Caminar entre todo aquello era como deambular perdido por un museo de cera. Era yo el perfecto voyeur, detallando la arqueología de los pequeños momentos que constituyen la vida cotidiana a secas. Llegaba a asustarme un poco la sensación de que estaba solo en un mundo lleno de fantasmas, lleno de maniqués.

Caminé entre todo aquel circo, buscando un soplo de vida, algo que desprendiera el hálito de la normalidad, pero parecía que la normalidad había sido sustituida por este estado de cosas. No podría decir que tuviera pánico porque no lo tenía, pero tal vez estaba cerca.

Haſta que la vi a ella.

Parada en medio de la multitud detenida, insertada en un mundo de ensueño donde ella sería el ensueño

principal. Allí, en la sección de Dolce and Gabana, mirando bolsos de mujer. Si la chica más hermosa del mundo hubiera aparecido, no hubiera hecho mella en aquella criatura.

Entonces dije Dios mío, haz que todo vuelva a la normalidad.

Pero nada sucedió.

Volví a repetir la frase, esta vez en voz más alta, especie de plegaria desatendida. Igual nada ocurrió, y allí estaba la mujer más hermosa del mundo parada frente a mi, expresión congelada en su rostro, entre las gotas de agua detenidas como cortina de humo, entre las paredes blancas de la tienda más cara de México, entre los acordes visibles de una canción de U2: "It's a beautiful day, don't let it get away", entre los bolsos y las bufandas y la ropa elegante y las etiquetas de precio que ponían treinta dólares y cincuenta y cien, y los maniqués de cera de Dolce and Gabana.

Dios mío, haz que todo vuelva a la normalidad, susurré otra vez.

Después me senté a esperar.¶



EL CONTRABAJO

Era mi primera vez en México, pero ella llevaba unos tres años viviendo en el DF. Estaba, como se dice, aclimatizada. Yo no. Yo estaba como un pez fuera de la pecera. Iba a los parques y me sentaba a ver como la gente tomaba capuccinos. El clima era frío, y por allí iban decenas de chicas bonitas y empleados públicos sosteniendo sus tazas humeantes de polietireno, caminando rápido, siempre yendo hacia alguna parte. A mí no me gustaba el café y, aunque tal vez me hubiera venido bien un chocolate caliente, no me alcanzaba el presupuesto. Acá solo tenía treinta dólares. Ese era todo mi capital. En Cuba me hubiera bastado para todo un mes, pero ahora Cuba se hallaba lejos, al otro lado del mar.

Ella y yo nos conocíamos desde la secundaria. Tuvi-
mos algo en aquel entonces. Pero aquellos tiempos eran
malos para amores adolescentes y todo terminó cuando
ella se fue con sus padres al otro lado del mundo. Años
más tarde, la vine a encontrar por Facebook y fuimos
amigos virtuales. Ahora se concretaba la posibilidad
de vernos en persona y allí estaba yo, con mi mejor
camisa y mi mejor pantalón y ella me había invitado
a un concierto. Se había convertido en una directora
de orquesta y se iba a estrenar una pieza de un autor
desconocido en una función gratuita.

Aprovecha y nos vemos después que todo termine,
me había dicho, y yo, claro, iba a aprovechar. Tal vez no
estuviera todo muerto entre nosotros. Tal vez quedara
una chispa de algo que un compositor desconocido en
una función gratuita pudiera ayudar a recomponer.

Durante el concierto me di cuenta de que mi mejor
camisa estaba sucia con manchas blancas de sudor. Con-
cierto gratuito, sudor gratuito. No sabía de que manera
no me había dado cuenta de eso antes. Lo cierto es que
el dinero no me alcanzaba para pagar una lavandería
y tenía que hacer la colada yo solo, y nunca he sido
muy bueno lavando a mano. Ahora estaba pagando las
consecuencias.

Ella, en cambio, se veía hermosa allá en su podio,
con todos los sentidos puestos en la música que salía
de los instrumentos, y todo dependía de esa persona

tan hermosa, tan magistral. La reina de la noche era
ella, agitando su batuta, dirigiendo la marcha.

Sin embargo, me di cuenta que el contrabajo no
tocaba. Supuse que si el instrumento estaba allí, sería
por alguna razón, porque jugaría algún papel en aquella
sinfonía, pero el tipo que lo interpretaba ni siquiera
miraba la partitura. A veces la miraba a ella, y otras
veces se miraba las uñas, pero ni una sola ojeada a la
partitura. Ni siquiera para saber por donde iban sus
compañeros de orquesta. Eso me pareció lo más extraño
del mundo. Todos los instrumentos insertados de lleno
en la composición, alma y corazón, y aquel tipo como
si con él no fuera. Mirándose las uñas y mirándola a
ella, y yo los miraba a todos, sin oídos para la música,
solo con vista para ella. Todos mis sentidos para la
reina de la noche.

Estuviste muy bien, le dije después cuando ya había
terminado el concierto, y le habían dado un ramo de
flores y había sonreído para los flashes de los fotógrafos,
desempeñando su papel de reina a cabalidad.

Gracias, suspiró, Tendrías que haberme visto en
alguna función de las buenas. De las que no son gratis.

Ella pidió un café y yo pedí otro. Tenía pena de
tener tan poco dinero y no poder invitarla a un mejor
sitio, y también sentía vergüenza al vestir la camisa
manchada de sudor. Lo único que me venía a la cabeza
en aquel momento eran justificaciones de como se había

ensuciado la camisa al venir hacia acá, para que ni le pasara por la mente que me la había puesto así sucia.

Años sin vernos, toneladas de palabras para ponernos al día, miles de noticias y confesiones privadas, y todo lo que se me ocurría eran razones que justificaran la suciedad de mi ropa.

Debió haber sido en el metro, le dije, Alguien se me habrá pegado.

¿Qué?, preguntó ella. Me parecía que su mente todavía seguía en los acordes fragmentarios de aquella composición sin contrabajo que acababa de presenciar.

Le expliqué lo de la camisa.

No te preocupes, dijo ella y sonrió, No te preocupes por eso.

Entonces, tres mesas más allá, lo vi. También con una taza de café frente a él, pero más bien como objeto ornamental, la misma función que pudiera haber cumplido un florero. O un contrabajo. Las luces amarillas de la calle iluminaban su cara, como si fuera un asesino en serie en una película de bajo costo.

No te vires, le dije a ella, Pero atrás de nosotros está el tipo de tu concierto. El del contrabajo.

La situación me daba escalofríos, pero ella hizo un gesto de fastidio como si le hubiera dicho que había comenzado a llover y no podríamos ir al cine para ver su película favorita.

Sí, suspiró, ¿Qué se le va a hacer? Es mi novio. No está muy contento de que esté saliendo ahora contigo.

¿Tu novio?

Ella asintió.

Pero tenemos una relación abierta. Se lo he hecho saber varias veces. ¿Qué se le va a hacer? Ignoralo pues.

Intenté ignorarlo, pero no se me daba muy bien. Aquel tipo me daba escalofríos, sentado allí con su taza ficticia de café frente a él, mirándola a ella, mirándome a mí, mirándose las uñas, mientras las luces amarillas de la calle y los faros de los autos que pasaban le daban en el rostro, haciéndole lucir como un antiguo dios griego de la venganza.

Ella y yo tratamos de mantener una conversación, pero yo veía que no estaba funcionando. Los temas recurrentes eran la nostalgia, las cosas en Cuba, la vida en el DF, pero yo no podía quitarme de la cabeza el hecho de tener mi mejor camisa manchada de sudor y tampoco podía despegarme de la mirada de aquel hombre, sentado tres mesas más allá.

A ella sí parecía funcionarle la conversación. Parecía encantada con nuestro reencuentro, y pedía tazas de café y rosquillas y hablaba y hablaba, y yo escuchaba y a veces no la escuchaba del todo, pero hacía como que la escuchaba y ponía cara de atención.

Disculpa, debo ir al baño, dijo ella en algún momento, y se levantó con gracia do-re-mi-fa-sol y se

dirigió hacia los servicios, contoneando sus caderas de diosa nocturna.

Me quedé solo frente a una mesa atiborrada de platos con restos de comida rápida y tazas de café semivacías, pero no por mucho tiempo, porque el tipo del contrabajo se levantó y vino a sentarse a nuestra mesa. Ya las luces amarillas no le daban en el rostro, pero igual parecía un fantasma. Nos quedamos mirándonos un tiempo que a mí me pareció muy largo y que tal vez a él le pareciera muy corto.

No me gusta que andes con mi chica, me dijo entonces, Me hace sentir mal, y no sé que pueda pasar cuando me siento mal. Podría ocurrir algo malo. Pudiera ocurrir algo que todos lamentaríamos.

Al principio no supe que decirle, y después tampoco supe.

No quiero lamentar nada, le dije finalmente.

Pues no salgas con mi chica, ripostó él.

Dice ella que ustedes tienen una relación abierta, murmuré.

Eso es lo que ella dice, respondió él, Yo digo otra cosa. Y no quiero que ocurra nada malo. Nada que me pueda reprochar después.

Okay, le dije.

Okay, dijo él, pero igual no se fue. Continuó sentado a la mesa, mirándome y las camareras pasaban recogiendo pedidos, y ella no regresaba del baño, y yo

me ponía cada vez más nervioso, y no se me ocurría como salir de la situación. Ahora solo podía pensar en ella, la reina de la noche, en el tipo del contrabajo, que estaba ahí sentado, mirándome con ojos de dios de la venganza y, por supuesto, en mi mejor camisa con manchas blancas de sudor.

Debió de haber sido en el metro, le dije entonces al tipo.

¿Qué?, preguntó él, sin estar muy seguro de lo que estaba escuchando.

La camisa, le dije, Alguien se me habrá pegado en el metro.

Yo tampoco estaba muy seguro de lo que estaba diciendo, pero igual seguí hablando.👉



LOS AVIONES

Debe haber un aeropuerto por aquí cerca. Los aviones suenan con toda la fuerza del mundo cuando pasan cerca de mi ventana, como si acabaran de despegar y estuvieran empezando a remontar vuelo, como si llevaran toda la nostalgia de una nación hacia los brazos abiertos de otra nación. El estruendo de una nube de tormenta, un parpadeo de sol en los cristales, y ya está: otra bestia acaba de elevar sus alas para llevarte muy lejos de aquí. A veces el ruido ensordecedor de las turbinas se confunde con el ritmo de mi corazón, pero esto es solo a veces; no sucede así la mayor parte del tiempo.

Uno acaba por acostumbrarse. El ruido de los aviones se convierte en parte intrínseca de quien eres en otro país, como quien estuviera a punto de levantar vuelo

fueras tú. Como si nunca tuvieras los pies en la tierra y la cabeza en las nubes. Uno acaba por acostumbrarse.

Haſta que viene alguien y te señala la anomalía, la sinrazón.

Estaba hablando por Skype con una amiga mía. Una cubana que ahora está en España. (Yo, un cubano que ahora está en México. Temporalmente. Somos archivos temporales en medio de un mundo donde pasamos rápidamente de moda.) Ella me hablaba de sus planes y yo la escuchaba en silencio, y de vez en cuando le hablaba de los míos. Los aviones nos interrumpían a cada momento. Yo estaba acostumbrado, pero ella no.

Nuestra conversación se vio pausada por esta serie de interrupciones. Fragmentos virtuales en los cuales ella quedaba en silencio, y yo no tenía nada que decirle, porque de todas formas (según ella), no me hubiera oído.

En algún momento me contó un sueño que tuvo, y sería bonito reproducirlo aquí, pero no puedo por cuestiones obvias de respeto a la privacidad ajena. Respeto a los sueños ajenos. Era algo que tenía que ver con elefantes varados en una isla desierta y trece mil envases de refresco de cola.

Yo también le comenté sobre un sueño que había tenido. La lluvia en el DF era una constante atmosférica, y yo había soñado algo que tampoco contaré ahora,

pero tenía que ver con un mall gigantesco y la lluvia y el paso detenido del tiempo .

Había siete horas de diferencia entre ella y yo. Para mí el día recién comenzaba. Ella ya había vivido todo lo que podía haber sido vivido en ese mismo día. Las noticias, en cambio, nos llegaban con la misma rapidez. El Skype nos conectaba como una maquinita de tiempo, un mecanismo unificador de diferencias horarias.

Los dos estábamos de acuerdo en tener nostalgia. Ella me comentó algo de eso. Los dos deberíamos llegar el mismo día a Cuba de regreso. Distintos aviones nos llevarían a un mismo punto. Siete horas resumidas en una sola frase, un solo encuentro.

Un mismo país.

Solo que ella me dijo en ese momento que no tenía pensado volver. Las cosas le iban bien en España y no regresaría a Cuba. Habría un avión en el mundo que se iría con un asiento vacío.

Yo no supe que pensar en ese momento. No se me ocurría que decirle. Ella también (durante ese breve instante en el que, casualmente, no había ruido de turbinas, ni máquinas aéreas rompiendo barreras) se había quedado en silencio. Nos mirábamos el uno al otro, a través de siete horas de diferencia, su mirada y la mía y decenas de satélites en el cielo para hacer posible nuestra conversación.

¿Qué vas a hacer con tu hija?, le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

Se queda a tu cargo, me dijo, Después de todo, tú eres el padre.

Nos volvimos a quedar callados, mirándonos a través del tiempo, a través del espacio, y entonces abrió la boca como para decir algo más, pero justo en ese instante pasó otro avión, y ella enarcó las cejas y volvió a quedarse en silencio y yo me quedé mirándola, ahí sin nada más que decir, nada más que contar. ¶



PAULINA RUBIO

Caminábamos por el parque ella y yo y había serpientes. Por lo menos, eso es lo que me había dicho, y supongo que sabría lo que decía. Era la cuidadora del parque, y si decía que había serpientes, es porque las había, y asunto terminado.

Íbamos por un sendero apenas delineado entre el verdor de altas hierbas que parecían haber estado allí desde la época de la conquista. A cada rato encontrábamos letreros que ponían PROHIBIDO SALIR DE LOS SENDEROS. Cuando le pregunté la razón, ella me dijo que era por las serpientes.

Era la primera vez que se tocaba el tema; hasta ese momento la excursión había sido netamente recreativa. Ella enseñándome esculturas perfiladas a los lados del

sendero; yo dejándome convencer que que este parque era importante para el folklore nacional.

¿Hay serpientes aquí?, le pregunté, y ella asintió.

Por eso es una reserva natural, dijo.

Pero no te preocupes, agregó, Ninguna es venenosa.

No me preocupo, le dije, pero en verdad sí me preocupaba un poco. Recién había llegado de un país donde no había serpientes deambulando por los parques públicos.

El sendero se nos perdía entre las malezas. Cuando le pregunté como se llamaba esa especie de hierbas, ella me respondió que no sabía. La botánica no era lo suyo. Entonces sonó su teléfono; el ritmo orgánico de la naturaleza se vio fragmentado por las guitarras de una canción de los Stones. Una llamada que entraba, supuse.

Ella me dijo Disculpa un momento, tengo que coger esto.

Dijo Aló, aló, pero nada. La recepción, al parecer, era muy débil allí en medio de ninguna parte. Caminó un par de pasos hacia adelante, hacia atrás, pero igual nada.

No te muevas de aquí, me dijo, Voy a buscar cobertura.

Y se alejó por entre las hierbas innumerables, por entre las flores del mal, diciendo Aló, aló mientras caminaba. El único sonido que se oía en medio de aquel parque atávico, mesoamericano, era su voz, cada vez más lejana.

(Ya después podría divisarse el silencio como una estrella resplandeciente, metáfora de la soledad.)

Me quedé solo en medio de aquella verde penumbra soleada. El sendero se perdía hacia adelante y era pálido hacia atrás. Ella me había dicho que no me moviera de ahí, pero igual lo hice.

(Moverme, quiero decir. La vida, como símil de eterno movimiento.)

La tierra del camino era de cierto tono rojizo. El verdor de la vegetación y el blanco de las nubes, unido al color de aquella arcilla rojiza, me recordó a la bandera mexicana, donde recordé que también sale un aguila con una serpiente en el pico.

Sería emocionante encontrarme con un aguila, pensé. Volaban pájaros por aquella lejanía, por aquella reserva natural, pero volaban demasiado alto como para distinguir si eran aguilas o cuervos. También había serpientes, aunque hasta ahora no hubiera visto ninguna. Las condiciones estaban dadas.

Llegó un momento en que perdí el camino. El sendero se desvaneció y me hallé rodeado de hierbas altas como malos pensamientos.

Cuando traté de regresar, me perdí un tanto más. Me parecía ver todo tipo de alimañas acechando entre el follaje, criaturas malignas, seres de la oscuridad.

Vampiros, hombres lobos, brujas del bosque.

Serpientes.

Entonces la vi a ella.

A la otra ella.

Imaginen una versión postmoderna del Desayuno sobre la hierba de Manet. Una versión unipersonal en la que el cuadro hubiera sido despojado de todos sus integrantes, salvo esa mujer desnuda que yace sobre la hierba, y se hubieran acercado a lo que vi aquella mañana fría de septiembre en las afueras del DF.

Una mujer desnuda acostada sobre una manta.

El pelo rubio le caía a ambos lados de la cara, como las cortinas que podrían cubrir el último acto de una obra de teatro exitosa. Usaba espejuelos oscuros, a pesar de que había poco o ningún sol.

Y estaba desnuda.

Parecía dormir. Era una figura inerte sobre su manta a cuadros, aplastando parte de las hierbas altas como la pesadilla de un guardabosques. Una revista tapaba sus senos, como si hubiera estado leyéndola y se hubiera quedado dormida. En la portada, había una foto de Paulina Rubio, igual semidesnuda, y un titular que ponía CÓMO PERDER SU VIRGINIDAD POR TREINTA DÓLARES.

Debí haber hecho algún ruido porque ella despertó, como quien despierta de un sueño de siglos, y supongo que me miró a través de los vidrios oscuros de sus espejuelos.

Hola, me dijo, con la revista aún sobre sus senos; tatuaje imperfecto para la desnudez.

Hola, le dije, y no se me ocurrió más nada en ese momento, hasta que agregué, A mi también me gusta Paulina Rubio.

Ella se encogió de hombros.

Una vez más, silencio entre nosotros.

Dicen que hay serpientes en el parque, le dije, por decir algo.

No hagas caso a todo lo que te dicen, dijo ella entonces, Llevo toda mi vida aquí y nunca he visto ninguna.

Que bueno, comenté, y me quedé sin nada que decir.

La situación se hacía incómoda, por momentos. Suponía que en algún instante ella se aburriría y comenzaría a leer otra vez CÓMO PERDER TU VIRGINIDAD POR TREINTA DÓLARES, o yo me aburriría y me iría a caminar y perderme un poco más.

Se llaman piojitos, me dijo ella entonces.

¿Que cosa?, le pregunté.

Las hierbas, explicó, Estas hierbas altas se llaman piojitos. La botánica tampoco es lo mío, pero eso sí lo sé.

En ese momento llegó la otra. No la sentí llegar. Ya había terminado de hablar por teléfono y me andaba buscando por todo el bosque.

Te dije que no te movieras, me dijo, Me gusta que me hagan caso cuando digo algo.

Le echó un vistazo a la otra chica, desnuda sobre la manta, como quien mira un cuadro mediocre en algún museo de arte barato.

Dice mamá que regreses a casa cuando te dé la gana, le dijo.

La chica desnuda no respondió, no dijo nada.

Se quedó allí tendida sobre la hierba como quien ella no fuera, con su revista de Paulina Rubio tapándole los senos

Nosotros nos vamos, me dijo la guía.

Y nos fuimos.¶



RAÚL FLORES IRIARTE

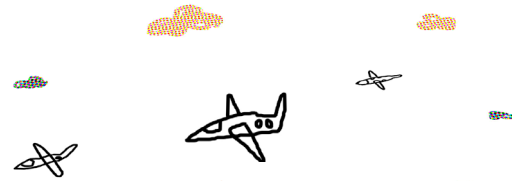
(La Habana, Cuba, 1977)

Libros publicados: *El lado oscuro de la luna* (Editorial Extramuros, 2000); *El hombre que vendió el mundo* (Editorial Letras Cubanas, 2001); *Bronceado de luna* (Editorial Extramuros, 2003); *Días de lluvia* (Editorial Unicornio, 2004); *Rayo de luz* (Casa Editora Abril, 2005); *Balada de Jeannette* (Ediciones Loynaz 2007); *La carne luminosa de los gigantes* (Casa Editora Abril, 2008); *Paperback writer* (Ediciones Matanzas, 2010); y *La chica más hermosa del mundo* (Ediciones Matanzas, 2014).

Cuentos y artículos suyos han sido publicados en revistas y antologías en Cuba, España, EEUU, República Dominicana, Italia, México, y Brasil.

ÍNDICE

CABALLO MUERTO	7
¿QUÉ VES EN EL FUTURO CUANDO MIRAS HACIA ATRÁS?	13
EL CONTRABAJO	19
LOS AVIONES	27
PAULINA RUBIO	31
RAÚL FLORES IRIARTE	37



CABA-LLO
muerto
y otros cuentos

de Raúl Flores Iriarte, se terminó de imprimir la tarde del 17 de noviembre de 2014. en los talleres de CCHN.

Para su conformación se utilizaron las tipografías Mrs Eaves OT, Valentina, Espinosa Nova, Mátrix.

La edición consta de cien ejemplares numerados. La formación y el cuidado de la misma estuvo a cargo del editor.



DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinación de Planeación

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Sánchez

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladin

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto de Comunicación